

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	
<i>Víctor Morales Lezcano</i>	9
PRÓLOGO	
<i>Víctor Morales Lezcano</i>	13
EL NACIMIENTO DEL ORIENTALISMO EN LA EUROPA MODERNA	
<i>Víctor Morales Lezcano</i>	17
EDWARD SAID Y EL ORIENTALISMO. REVISIÓN CRÍTICA Y PERSPECTIVAS MÚLTIPLES	
<i>José Antonio González Alcantud</i>	31
AMÉRICO CASTRO ¿UNA VISIÓN ORIENTALISTA DE LA REALIDAD HISTÓRICA DE ESPAÑA?	
<i>Juan Ignacio Castien Maestro</i>	49
DEBATE DE LA SESIÓN DE LA MAÑANA.....	73
EL OCCIDENTALISMO OTOMANO-TURCO ANTE EL ORIENTALISMO EUROPEO	
<i>Gülisik Alkaç</i>	85
LAS RELACIONES INTERNACIONALES EN LA CONCEPCIÓN ISLÁMICA	
<i>Najib Abu-Warda</i>	107
LA POLÍTICA NORTEAMERICANA EN ORIENTE MEDIO	
<i>Manuel Coma Canella</i>	115
DEBATE DE LA SESIÓN DE TARDE	121

POST-SCRIPTUM: DIPLOMACIA Y DIPLOMÁTICOS «ARABISTAS». EL PRECEDENTE BRITÁNICO Y EL ESCENARIO AMERICANO (1945-1991)	
<i>Victor Morales Lezcano</i>	145

EL NACIMIENTO DEL ORIENTALISMO EN LA EUROPA MODERNA

Víctor Morales Lezcano
(Instituto Universitario de Investigación-UNED)

I. ORÍGENES Y DESARROLLO DEL ORIENTALISMO

Cuando se aborda un campo de estudio presumiblemente inteligible, se impone la definición, tentativa al menos, de su contenido, la tipificación de sus características distintivas y el decurso de la trayectoria histórica que ha recorrido.

Empecemos aquí y ahora por el último de los rasgos definidores del orientalismo —europeo, en principio; occidental (o sea, americano), más tarde—. Al término del recorrido histórico que sigue, veremos en qué desemboca esta incursión retrospectiva, y qué luz propia arroja sobre el objeto seleccionado para servir de telón de fondo a nuestra Jornada de hoy.

1. Varios son los autores con autoridad en la materia que remontan a la Baja Edad Media los orígenes del campo de estudio que siglos más tarde se pondrá en circulación con el rótulo de orientalismo: es el caso de Southern, Waardenburg y otros autores; en España, es el caso de Asín Palacios y García Gómez¹. No tiene nada de peregrino reconocer que más de un cronista, algunos bardos de la legua y no pocos monjes del período medieval avanzado (siglos XII-XIV) no sólo pensaron el Oriente, sino que, muy en particular, atesoraron documentos de procedencia musulmana y tradujeron a lenguas vernáculas el Corán «mahometano». Así ocurrió en algunos monasterios adscritos a la orden francesa de Cluny, en uno de los cuales —y por encargo de su abad Pedro el Venerable— se realizaría en 1143 la primera traducción occidental del *Corán* por un tal Robert de

¹ Véase WAARDENBURG, J. J.: *L'Islam dans le miroir de l'Occident*. Paris-The Hague, 1963; SOUTHERN, W.: *Western Views of Islam in the Middle Ages*. Cambridge, Mss, 1962; ASÍN PALACIOS, M.: *El Islam cristianizado. Estudio del «sufismo» a través de las obras de Abenarabí de Murcia*. s. l., s. a; GARCÍA GÓMEZ, E.: *Foco de antigua luz sobre la Alhambra*. Madrid: Instituto Egipcio de Estudios Islámicos, 1988.

Ketton . En los reinos y condados feudales de la Península Ibérica —frontera de una liza secular popularmente reconocida como *Reconquista* del reino cristiano de los godos que se perdió a partir del año 711— no faltó un Ramón Llull (1235-1316), filósofo, políglota y polígrafo que defendió desde su cátedra la idea de fundar un centro de estudios orientales dirigido a los misioneros con vocación expedicionaria en tierras de infieles. También en el siglo XIV adquirió intensidad y volumen la polémica —militar y religiosa— entre cristianos de Europa, de una parte, y musulmanes de la ribera norteafricana y levantina del Mediterráneo, de otra. Los rudimentos fundacionales de un cierto orientalismo germano harían acto de aparición en temas populares de transmisión oral, como fue el caso de la leyenda de Parsifal que plasmara en versos el ministro de la iglesia bávara, Wolfram von Eschenbach. Algo más tarde, Juan de Segovia (c. 1400-1458), hacia la mitad del siglo XV, perseveró en la idea fija de promover el diálogo (o sea, la dialéctica aplicada metódicamente por los interlocutores en pugna) entre creyentes de religiones diferentes. Este orientalista precoz tuvo eco y reconocimiento, no sin incomprendimientos y rechazos previos, tanto en los ámbitos cortesanos de ciudades-estado italianas cuales Cusa y Florencia como en el seno de los componentes más «aperturistas» de la curia vaticana en tiempos de Pío II². Las Penínsulas del Mediterráneo y los países inmediatamente transalpinos constituyeron la membrana europea más porosa al orbe cultural y civilizatorio del vecino islam entre los siglos VIII-XIV; fue precisamente a través de ella cómo se filtró la cultura del islam en los incipientes núcleos de los que serían, con el paso del tiempo, nichos del orientalismo *savant*.

2. Ahora bien, si los vientos frescos que habían soplado sobre el mapa de la Europa cristiana en los siglos XIV y primera mitad del XV favorecieron la esporádica, aunque verificable, inclinación orientalista de ámbitos y personas determinados, el hecho —que fue un *acontecimiento*— de la caída del imperio de Bizancio en manos de «infieles», y muy en particular la toma de Constantinopla por la tropas turco-otomanas de Mehemet II Fathi (Victorioso) en mayo de 1453, vino a encender de nuevo el fuego de la polémica entre las gentes del *Libro*. La cristiandad afiló sus armas frente al «fiero turco», y no sólo en Lepanto (1571) sino hasta llegar al segundo sitio de Viena (1683) por las milicias otomanas de Kara Mustafa, mientras que dentro o fuera de las fronteras controladas por la Sublime Puerta las gentes de *dar al-Islam* poseían idéntica consciencia de la diferencia religiosa que dividía el ecuador marítimo del Mediterráneo. Esta noción de divisoria, no impedía la existencia normalizada de numerosos «cristianos de Alá» en el ecumene islámico, como habían existido centenares de miles de mudéjares y moriscos en los territorios cristianos de España entre los siglos XIII y XVI³. El recrudecimiento de la enemistad entre los fieles —o infieles— de las religiones del *Libro* se hizo recidivo tanto en el campo de batalla y en la co-existencia de las tres castas de creyentes —judíos, moros y cristianos de Menéndez Pidal y Américo Castro—, como en los folios de

² Para un seguimiento de los avatares de la recepción del orientalismo en Occidente, véase la síntesis de RODINSON, Maxime: «The Western Image and Western Studies of Islam», en SCHACHT, Joseph (ed.): *The Legacy of Islam*. 2.ª ed., Oxford: Clarendon Press, 1974, págs. 9-62. También CAHEN, Claude: *Orient et Occident au temps des croisades*. Paris: Eds. Aubier, 1989.

los códices y, a partir de la invención de la imprenta, ya fuese en las páginas de tratados y opúsculos anti-alcoránicos, ya fuese en los escritos de los *mutakallimun* o teólogos del islam. No obstante ello, la corriente erudita de los cristianos con inclinación orientalista no hizo sino afirmarse en Europa occidental en fecha tan temprana como puedan resultar hoy los siglos XIII-XIV. Ya en el siglo XII habían comenzado a dotarse algunas cátedras de lengua árabe en París y Roma. A la larga —y a partir de los siglos XII-XIII—, no pocos centros de estudio y traducciones como el monasterio catalán de Ripoll, la escuela médica de Salerno en Nápoles, la abadía benedictina de Montecasino en pleno Lacio y la escuela de Traductores de Toledo, desarrollaron su potencial científico sin solución de continuidad. El arzobispo Raimundo de Sauvetat fue el impulsor de las tareas que llevaron a buen fin doctos como Domingo Gundisalvo, el judeo-converso Juan de Sevilla y el italiano Gerardo de Cremona. La génesis del orientalismo occidental, volcado hacia la medicina, la astronomía y la filosofía moral —entre otros saberes— de Avicena, Averroes y al-Razy, hunde sus raíces en siglos de esplendor creativo y transmisor de la cultura islámica, establecida en unas fronteras tan dilatadas como las que marcaban Al-Andalus y Sicilia en Occidente y los territorios del Asia central limítrofes con Oriente extremo: China y la India.⁴ Mientras, en la ciudad holandesa de Leiden prosperaron seminarios de corte filológico y lingüístico que terminaron por madurar en el *Diccionario latino-árabe* de Jacob Golius (+ 1667); por otra parte, en la sapiente Universidad de Cambridge se fundó la primera cátedra inglesa de lengua árabe en 1636. Las colecciones de manuscritos griegos, latinos y árabes que Felipe II —asesorado por el humanista Arias Montano— decidió que se agruparan en la biblioteca del Monasterio de El Escorial,⁵ no eran sino un signo revelador del cambio de mentalidad que estaba haciendo aflorar el metabolismo cultural de la Europa renacentista. Empezaba a quedar atrás una época en la que el entorno de la Corte filipina recibía de Granada dictámenes como aquél que regala: «*los libros que ay en esta inquisición no son de ymportancia alguna, porque todos son sarracénicos y, los más, acephalos y deshechos*»⁶.

Con la anuencia del círculo más ecuménico del Vaticano, la orden de los Jesuitas había fundado en Roma, en 1585, un Colegio —residencia y seminario de estudios para aquellos cristianos procedentes del Monte Líbano que quisieran seguir el curso de las elucubraciones religiosas, filosóficas y literarias del mundo cristiano—. Los patriarcas de la iglesia libanesa y los mismos emires (caso de Abu-Naufel el-Khazen) ofrecieron, por su parte, todo género de facilidades a los jesuitas que desearan asentarse en aquella dependencia otomana. Fue de esta manera como se produjo una fusión árabe-latina que dio

³ Obvio es recordar aquí *La Méditerranée* de Ferdinand BRAUDEL. Más en particular sobre el «mezclaje» religioso a lo largo del *mare nostrum*, BENNASSAR, BARTOLOMÉ y LUCILLE: *Los cristianos de Alá.: La fascinante aventura de los renegados*. Madrid: Nerea, 1989.

⁴ Remitimos aquí a las *Tanner Lectures* que pronunció BERNARD LEWIS y que fueron publicadas bajo el título de *Islam and the West*. Oxford University Press, 1993.

⁵ Véase la obra clásica de DERENBOURG, H.; RENAUD, H. P.; LÉVY-PROVENÇAL, E.: *Les manuscrits arabes de l'Escorial*. París, 1884-1928, 3 vs.

⁶ Apud, JUSTEL CALABOZO, B.: *La Real Biblioteca de El Escorial y sus manuscritos árabes*. Madrid: Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1987, pág. 158.

fecundos resultados al orientalismo renacentista de Europa. El sacerdote maronita Miguel Casiri, responsable de la *Bibliotheca Arabico-Hispana Escorialensis* (1760-1770) fue un producto bibliográfico acabado de esta fusión árabe-latina que tanto facilitaría a Francia su ulterior hegemonía en el Líbano⁷.

La constitución de un sistema europeo de naciones que se consagró en Westfalia (1648), llamada a pervivir con sólo algunas mutaciones hasta 1789, es el período de la Europa moderna en el que según varios autores —como Rodinson, Bryan S. Turner, y Schwab, entre otros—, se configuró el orientalismo erudito (*savant* en lengua francesa) que echaría raíces profundas y seguiría floreciendo —siquiera crepuscularmente— en la Europa centro-occidental hasta la primera mitad del siglo XX⁸.

Si más que localizar rupturas históricas —que las ha habido y habrá— buceamos con empeño para encontrar las conexiones subyacentes en los sedimentos más sepultos de la historia, toda la nómina de filólogos, traductores, bibliógrafos y, a la larga, de enciclopedistas del siglo XVIII que se relacionan directa o tangencialmente con la historiografía, las lenguas, la arqueología (más tarde, en la pluma de los románticos, «las ruinas») y el estado presente de las naciones del Oriente (musulmán o asiático), se observará la existencia de una relación tributaria de cada época con los siglos anteriores, predecesores incuestionables del orientalismo europeo de la etapa colonial. O sea, del orientalismo que a la postre ha terminado por desatar una polémica, con visos de diatriba, en las páginas de obras de más de varias decenas de autores competentes. Recordemos, por poner ejemplos que vayan marcando el itinerario de la evolución del campo de estudio a enfocar aquí, que en Francia se publicó en 1697 la *Bibliothèque orientale* de Bernard Berthelot, que llevaba un subtítulo elocuente: *Dictionnaire universel concernant tout ce qui regarde la connaissance des peuples de l'Orient*. Recordemos, además, que en 1795 se fundó en París la *École de Langues Orientales (vivantes)* y que en la cima del estrellato orientalista francés —que ya se reclamaba científico— resplandecerán dos cimas del orientalismo europeo moderno. Se llamaban Silvestre de Sacy y Vivant Denon: el primero de ellos fue un filólogo de linaje aristocrático que devendría oráculo del orientalismo arabista francés, y el segundo un egiptólogo que ostentaría el honor de ser el primer director del museo del Louvre salido de las filas revolucionarias de 1789⁹.

El fenómeno del orientalismo ascendente durante el siglo XVIII no se limitó a Francia. La vieja Albión —la emergente Gran Bretaña, la Inglaterra de sus enemigos continentales

⁷ Remitimos al trabajo, rico en datos, de RAPHAEL, Pierre: *Le rôle du Collège Maronite Romain dans l'Orientalisme aux XVII et XVIII siècles*. Beyrouth: Université de Saint-Joseph, 1950. El «fondo» de Félix M.^a Pareja, núcleo considerable de la biblioteca oriental de la *Agencia Española de Cooperación Internacional* (Madrid), merece una incursión a este respecto.

⁸ En MARTINO, Pierre, hay datos y percepciones valiosas, aunque la obra haya sido ya sobrepasada: *L'Orient dans la littérature française*. Paris: Hachette, 1900. Decenios después, Raymond SCHWAB dio a luz *La Renaissance Orientale*. Paris, 1950; a la que siguieron aportaciones como las de SCHIPPERGES, FUCK y SOUTHERN (ya citado en nota 1).

⁹ Obra de referencia clásica —y harto discutible— fue la de SAID, Edward: *Orientalism*. New York: Pantheon, 1978. Hay edición en castellano (Libertarias/ al-Quibla, 1990). Véase los comentarios que a Said le inspira el *savant* Sacy, en pág. 186-187.

y católicos— concentró durante todo el período que abarca los siglos XVII y XVIII en torno a sus academias (*Royal Society*) y a su red universitaria de cuño Oxbridge¹⁰, a los traductores de las *Mil y una noches* (Galland, en Francia, se había anticipado en 1704-1717), a los historiadores sistemáticos y, a veces, prejuiciosos del mundo árabe (Simon Ockley, *History of the Sarracens*, publicada entre 1708-1718), y a los fundadores de Sociedades científicas como la *Orientalist Society*, que inició su itinerario en 1784 bajo la presidencia de Williams Jones. El pináculo del orientalismo británico, sin embargo, residiría en dos figuras míticas, Burton y Lane. Este último, filólogo y traductor mediocre (según criterio de más de alguna autoridad entre las que hemos consultado) y del que son muestras su *Arabic Lexicon* y la traducción misma de las *Mil y una noches*, hizo la contribución más original a la biblioteca orientalista británica con su obra *An Account of the Manners and Customs of Modern Egyptians* (1836). En las páginas del texto de Lane se daban cita el viajero-peregrino, el erudito-historicista y el etnó-grafo/logo, auténtico anticipo, pues, del conocido «observador no participante» que consagraría la antropología europea de finales del siglo XIX¹¹. Se iniciaba con la obra de Lane un deslizamiento, una deriva gnoseológica, que participaba del relato costumbrista y del seguimiento sesgado de un pueblo, de un imperio, de una civilización (¿árabe?, ¿africano?) venido a menos, pero contemplado con disimulada simpatía.

En Alemania, como es sabido, el orientalismo *savant* también echó raíces y adquirió un perfil propio, mientras que España e Italia tardarían decenios en alinearse con los círculos orientalistas anglo-franco-germanos más avanzados¹².

En todo caso, la Europa de las monarquías —ilustradas o no— enfilaba su dirección de marcha hacia un período histórico de hegemonía occidental en casi todo el planeta-tierra, resultado más que probable de las transformaciones encadenadas y concomitantes que solemos reconocer como revoluciones agraria e industrial; científica y tecnológica; política y social. Unas revoluciones que, como puso de relieve Bernard Lewis en *The Muslim Discovery of Europe*¹³, movilizaron a las nacientes élites reformistas de la Turquía otomana, con vistas a reforzar y hacer progresar el tejido económico, militar y cultural de un imperio que pronto sería bautizado en las cancillerías de las potencias cristianas como «el hombre enfermo de Occidente». O sea, el imperio turco-otomano —la última gran

¹⁰ Oxbridge, *compositum* hecho de Oxford y Cambridge, las dos famosas universidades británicas, primitivas fundaciones religiosas.

¹¹ Sobre la tradición orientalista de Gran Bretaña, véase ARBERRY, A. J.: *British Orientalists*. London: Collins, 1943; y varios títulos de GIBB, HOURANI y HOPWOOD.

¹² Orientalismo alemán que en su doble dimensión —científica y romántica— no ha de ser nunca subestimado. Véase MAGALLANES, F.; PACHECO, J. A.: *Alemania y las culturas de Oriente Medio*; KONTJE, Todd: *German Orientalisms*. Ann Arbor: The University of Michigan Press, 2004. Para Italia, MINISTERIO PER I BENI E LE ATTIVITÀ CULTURALI: «La presenza arabo-islamica nell'editoria italiana», *Quaderni di Livri e Riviste d' Italia*, n. 44.

¹³ Véase LEWIS, Bernard: *The Muslim Discovery of Europe*. Contribuciones de LEWIS ulteriormente publicadas y que han de retenerse son: *A Middle East Mosaic. Fragments of Life, Letters and History*. New York: Random House, 2000; y *From Babel to Dragomans. Interpreting the Middle East*. London: Weidenfeld and Nicolson, 2004.

forma de Estado islámica en los anales históricos— que, a partir de la aceptación y firma del tratado de Kuchuk Kainarzhi con la Rusia de Catalina II en 1774, hasta su disolución definitiva en la localidad francesa de Sèvres al final de la primera guerra mundial, no ha dejado de ser para la *Umma*, o comunidad de fieles musulmana, una de las incógnitas mayores del siglo XX¹⁴.

Sin afirmar ni negar que la familia de pueblos y naciones cristianas de Europa desarrollaron desde el ocaso de la Edad Media una concepción *providencialista* de su relación con el Oriente musulmán (que en la óptica cristiana era el referente religioso más hostil a sus creencias y pretensiones) se impone reconocer, en cambio, que los «trastornos» históricos de los decenios revolucionarios (1789-1815) desatados por la revolución francesa contribuyeron a construir —y centrifugar— una visión *triumfalista* del «destino» de la especie europea en el mundo. Visión que nada, ni nadie, salvo las nuevas guerras nacionalistas de la primera mitad del siglo XX (1914-1945) detendría en su decurso secular¹⁵. Oriente, los orientes de Occidente, empezaron a multiplicarse territorialmente a partir de la revolución francesa, al tiempo que se fragmentaban las percepciones europeas de un referente civilizatorio como era el de *dar al-Islam*, temido hasta ayer, pero en vías de ser dominado pronto para su presunta regeneración histórica.

II. LA BIFURCACIÓN ROMÁNTICA DEL ORIENTALISMO Y LA PERVIVENCIA DEL ORIENTALISMO CIENTÍFICO

El interés científico —altruista o no—, la curiosidad viajera de los peregrinos europeos a los «santuarios» de Estambul, Damasco, Jerusalén, Bagdad o El Cairo, las primeras incursiones coloniales en dirección del horizonte por donde sale el sol, *Morgenländern* de *Así hablaba Zaratustra*, el coleccionismo incipiente —cada vez más perito y árido— de la etapa orientalista que acabamos de esbozar, todo ello cobró un gran vigor desde la segunda mitad del siglo XVIII. Este complejo fenómeno de entrecruzamiento cultural desembocó en dos magníficas enseñadas en las que se vertió el orientalismo:

a) *Orientalismo romántico*. Con el epígrafe de orientalismo romántico se designa la corriente literaria, pictórica y musical que recorrió las bellas artes y la floración creativa de Europa en el siglo XIX. Una corriente que tuvo el Oriente como musa y revulsivo; un Oriente prefabricado por el inconsciente occidental y cuyos arquetipos rectores fueron: *la sabiduría* como virtud predominante (China sería, a este efecto, el reino de la historia más

¹⁴ Véase LEWIS, B.: *The Emergence of Modern Turkey*. 3.ª ed., Oxford University Press, 2002, págs. 480-489. Para la recepción de la «agonía» del imperio otomano en las Cámaras (Congreso y Senado), la prensa y la publicística española de la Restauración, véase la obra de MORALES LEZCANO, Víctor: *España y la Cuestión de Oriente*; prólogo, Bernard Lewis. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 1992; col. Biblioteca Diplomática.

¹⁵ Remitimos a HOBBSAWM, Eric: *Historia del siglo XX, 1914-1991*. Barcelona: Crítica, 2000, 614 p; traducción castellana de *Age of Extremes: the Short twentieth Century, 1914-1991*. London: M. Joseph, 1994, 627 páginas.

excelente), *el lujo y la voluptuosidad* (y aquí el Oriente musulmán encabeza la lista), *el oasis y las ruinas de la antigüedad* perdidos en un horizonte desértico¹⁶.

Se atribuye a Víctor Hugo un comentario elocuente: «... en el siglo de Luis XIV se era *helenista*; hoy todo el mundo es *orientalista*». El mismo Hugo santificaría esta escapatoria al exotismo voluptuoso de sus *Orientales*, alineándose así con el barón de Chateaubriand y precediendo a la saga de los orientalistas franceses: Lamartine, Nerval, Gautier y Loti, entre los más destacados¹⁷.

Las ideas, como las modas, terminan por imponer sea la convicción subyacente a su *Weltanschauung*, sea el *glamour* de su estética. Así, Goethe, oráculo filosófico y poético del romanticismo alemán, no se privó de considerar el asunto de Oriente en su archicitado *West-Östlicher Diwan*:

«El Norte, el Oeste y el Sur se desintegran
los tronos se quiebran, los imperios tiemblan
vuela tú hacia el Oriente puro
a respirar el aire de los patriarcas»

Y naturalmente, Walter Scott y Lord Byron, mucho antes que el coronel Lawrence (de Arabia), habían aguijoneado a los círculos lectores de la Inglaterra victoriana con sus novelas históricas y poemas pletóricos de antigüedad sublimadora. España, que llevaba incorporada las huellas de su islam interior, produjo también una nómina *sui generis* de orientalistas románticos (Zorrilla, Alarcón, Isaac Muñoz, y un largo etcétera)¹⁸.

Lo que es más conocido, o sea, la dimensión literaria del orientalismo europeo del ochocientos tuvo también, durante el transcurso de ese siglo, dos correlatos dignos de ser subrayados. Nos referimos a las artes plásticas y a la música. Ambas volvieron su mirada —y oído— al campo semántico del exotismo que tanto necesitaba el mundo occidental «avanzado» de la época. David Roberts en Gran Bretaña, Delacroix y Regnault en

¹⁶ Remitimos a los trabajos de Lily LITVAK, Francesc FONTBONA y Rabia HATIM en *Africanismo y Orientalismo español*. Awraq. Revista sobre el mundo árabe-islámico contemporáneo, Madrid, Aeci; Víctor MORALES LEZCANO (coord.), anejo al v. X (1990), págs. 73-104, 105-130 y 131-148, respectivamente.

¹⁷ Véase BERCHET, J. C.: *Le voyage en Orient. Anthologie des voyageurs français dans le Levant au XIX siècle*. Paris, Laffont, 1985.

¹⁸ Said hizo una revisión crítica de muchas de estas manifestaciones del orientalismo literario en su obra *Orientalism*, págs. 74 y sgts, 206 y sgts. Amelina CORREA ha publicado una obra a tener en cuenta dentro del panorama bibliográfico español: *Isaac Muñoz (1881-1925). Recuperación de un escritor finisecular*. Universidad de Granada, 1996. En los últimos diez años, la bibliografía en castellano sobre el orientalismo —romántico, pero también científico— ha engrosado su catálogo de títulos. Véase, si no, MORALES LEZCANO, V. (coord.): *Africanismo y orientalismo español*, citado en nota 16; y «El cruce de imágenes en la cuenca del Mediterráneo: haz y envés de una percepción compleja», en *Las relaciones hispano-marroquíes en el marco de las relaciones internacionales contemporáneas*. Madrid: UNED, 2004, págs. 199-228. A retener las obras pioneras de Lily Litvak, Abdellah Djbilou (1986) y V. Morales Lezcano (1988). Más recientes son *Orientalismo, exotismo y traducción*, edición de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2000. RIVIÈRE GÓMEZ, Aurora: *Orientalismo y nacionalismo español*. Madrid: ed. Dykinson, 2000. CÓRDOBA ZOILLO, J. M. et al.: *El redescubrimiento de Oriente Próximo y Egipto*. Madrid: Centro Superior de Estudios de Asiriología y Egiptología, 2001.

Francia, Fortuny y Tapiró en España, trajeron a la vista con hiperrealismo descriptivo o impresionismo incipiente, un universo de odaliscas, jeques, harenes, palacios de ensueño y campos de batalla para las aguerridas tropas (occidentales) en trance de batir a las «nobles» milicias... árabes¹⁹.

Si en el campo de lo visual la moda orientalista obtuvo favor en los salones de pintura, la ópera que se representaba en los mejores teatros del continente (*La Scala* en Milán, el Palacio *Garnier* en París, el Teatro de la Ópera en Viena, el *Liceu* de Barcelona) deleitó a sus aficionados con brillantes páginas musicales de todos conocidas: *El rapto del serrallo*, de Mozart (1782); *Nabuco* (1842) y *Aida* (1871) de Verdi; *Salomé y Helena en Egipto* (1928) de Richard Strauss no son más que unos títulos demostrativos. Volvían a repetirse los tipos, las situaciones, los contextos orientalistas, aunque a través, ahora, del lenguaje musical²⁰.

La guerra, el amor pasional o platónico, la venganza implacable y la dignidad del beduino, impregnaron la escena operística europea hasta entrado el siglo XX. Todo este despliegue de afición, gusto y recreación de pueblos, gentes y paisajes exóticos constituía algo así como la cara amable de un orientalismo cómplice con el predominio occidental en el mundo de 1900.

No podemos adentrarnos en el análisis de esta dimensión del orientalismo, sino sólo limitarnos a subrayar la ubicuidad de su fenomenología y su significado histórico. Justo coincidiendo con una época de expansión colonial que no paró mientes en alcanzar sus objetivos al precio que fuese, aunque sublimando permanentemente el objeto de sus «capturas» con inspiración artística sobrada.

El orientalismo romántico, visto desde hoy, contribuyó a falsear la realidad del Oriente, de los orientales de Occidente, pero enriqueció de paso el acervo creativo de Europa. ¿Quién se atreve a hacer el balance final de esta deriva romántica que en el siglo XIX experimentó el orientalismo erudito, cada vez más riguroso en sus métodos de trabajo? Cuestión a dejar planteada ahora, y en la Sala de este recinto, con carácter de inmediatez.

Pero volvamos a lo nuestro.

b) *El orientalismo erudito y científico*, cuyos métodos y herramientas filológicos y arqueológicos fueron aplicados con denuedo para descubrir y establecer —luego— tanto el valor documental de un monumento como el carácter de monumento (o sea, patrimonial) que pueda poseer un documento. Este último orientalismo es la variante del fenómeno cultural cuya génesis y evolución hemos trazado anteriormente y al que procuraremos seguir la pista desde el nacimiento del siglo XIX hasta el final de la segunda guerra mundial.

¹⁹ Remitimos a STEVENS, Mary Anne (ed.): *The Orientalists: Delacroix to Matisse. European Painters in North Africa and the Near East*. London: Royal Academy of Arts, 1984. También, BEAULIEU, Jill; ROBERTS, Mary: *Orientalism's Interlocutors. Painting, Architecture, Photography*. Duke University Press, 2002.

²⁰ MONDADORI, Arnoldo (ed.): *Opera repertorio della lirica dal 1597*. Milano, 1977.

Reconozcamos en principio que el coleccionismo, la tradición tesorizadora de objetos materiales procedentes de los restos —las ruinas— de civilizaciones y lenguas (muertas o vivas) del Oriente cercano y medio, cuya práctica ya habíamos observado en los siglos del Renacimiento y posteriores, adquirió un vigor estrechamente proporcional a la imparable expansión colonial que entre 1830 y 1914 protagonizaron unas cuantas potencias occidentales²¹. Llegando a este punto procede acometerse aquí un aspecto del asunto que ha sido discutido hasta la banalización. A saber, el de la íntima conexión —o, no— existente entre la expansión colonial europea del siglo XIX a lo largo y ancho del globo terráqueo, de una parte, y el robustecimiento del campo de estudio y de la boga estética orientalistas que hemos esbozado en el párrafo anterior, de otra. Coincidiendo con las campañas de Napoleón Bonaparte en Egipto entre mayo de 1798 y agosto de 1799 suele datarse el pistoletazo de partida del ejercicio de dominación territorial, o a veces, de control indirecto —como tanto gustaron decir los colonialistas británicos— de vastos y dispares países-puente entre el Oriente extremo y Europa; países que encerraban tras sus fronteras un arsenal de ruinas, de tesoros documentales y de huellas de civilizaciones milenarias. Egipto, incluido como objetivo prioritario en aquellos dos años cruciales (1798-99) para la historia del orientalismo europeo, se encontraba entonces dentro del perímetro geopolítico y administrativo del imperio turco-otomano. Aquel «milagro del Nilo» fue, en rigor, el *test* revelador de la ecuación establecible entre los términos al uso por la historiografía clásica: colonialismo/ orientalismo.

Nadie ignora que la plana mayor de los enciclopedistas del setecientos pusieron los fundamentos de un orientalismo a veces de gabinete (recuérdese *Las Cartas Persas* de Montesquieu, publicadas en 1721), a veces producto de viajes aventurados a confines del Oriente musulmán saturados de historia (el *Viaje a Siria y Egipto* de Volney, que vio la luz en 1787, fue un hito a mitad de camino del orientalismo científico y de su «media naranja», el orientalismo romántico). Era, por tanto, un recurso para uso interno, como había hecho Voltaire en su biografía del Profeta —un alegato contra el dogmatismo—; o con la intención de sublimar el referente oriental de turno, cual hizo el conde de Chateaubriand en su *Itinerario de París a Jerusalén* (1811). Sin embargo, la expedición francesa a Egipto hizo ver lo que ninguna otra incursión viajera o recreación de gabinete había conseguido hasta la fecha: *reconocer* primero, *restaurar* después, y *reinterpretar* finalmente, un patrimonio arqueológico milenario como el compilado en la *Description de l’Égypte*, que apareció escalonado en series a partir de 1809 bajo la tutoría de una *Comisión para las Artes y las Ciencias*²². Ahora bien, si se analizan con detenimiento las láminas que ilustran los volúmenes de la *Description*, se observará cómodamente el

²¹ *The British Museum* y el Museo del Louvre se convirtieron hacia 1850 en los más eximios depósitos de antigüedades grecorromanas y orientales, lo que no fue pura coincidencia. El saqueo y pillaje que llevaron a cabo las dos máximas potencias coloniales del siglo XIX en la cuenca del Mediterráneo oriental y en los países del Oriente Próximo y Medio está en los orígenes de tales colecciones, de incalculable valor.

²² ANDERSON, Robert; FAWZY, Ibrahim (eds.): *Egypt in 1800. Scenes from Napoleon’s «Description de l’Égypte»*. London: Barrie and Jenkins, 1988.

grado de minuciosa acribía etnográfica que despliegan los autores de este documento sensacional. Aparecen en ellas, no sólo mapas del río Nilo a lo largo de su recorrido continental, de las pirámides sitas en Giza y de las misteriosas galerías internas que se excavaron para su visita, de los relieves funerarios que ilustran sus muros, por no hablar de la piedra de Rosetta que fue descubierta en la pequeña ciudad de ese nombre, situada a unos 45 km. al este de Alejandría, sino que la *Description* va más allá de ser un catálogo arqueológico al aproximarse a la vida cotidiana de la sociedad agraria del Egipto mameluko. Desfilan por las láminas de la *Description* poblados, campiñas, campesinos, artesanos, ingenios hidráulicos y un largo etcétera de aperos, enseres y artilugios pertenecientes a la cultura material en uso entonces. La *Description* es el registro contemporáneo de un viejo país, milenario y fundacional para la historia de la humanidad, como tantos otros enclaves del Oriente Próximo —zona de los ríos Éufrates/Tigris desde su nacimiento en las alturas montañosas de la meseta de Anatolia hasta su desembocadura en el Golfo Pérsico—. Doble valor de uso, por tanto, del documento (gráfico y textual) que supuso la *Description* en los años de su aparición, puesto que, en adelante, la expansión colonial europea no cesará en su empeño de catalogar monumentos (*monumenta / documenta*), de taxonomizar especies botánicas, de completar el parque zoológico del planeta, de entomologizar, incluso, los insectos que pueblan la tierra. Naturalmente, la voluntad de descubrir, reconocer y catalogar —tan asociada al Orientalismo del ochocientos— no dejará fuera de su cometido la clasificación de la especie humana en sus variantes múltiples. De ahí que desde nuestro punto de vista, sea necesario apuntar al doble valor de uso que poseía la *Description*, y con ella todos los tratados, enciclopedias, manuales, libros de viaje, cartografías y cartas de navegación fluvial y marítima que proliferaron a partir de entonces.

Si a partir de esta formalización generalizadora se quiere establecer una correlación entre expansión colonial europea a lo largo del ochocientos y configuración definitiva de un orientalismo de constitución bicéfala —el erudito, el *savant* y el romántico, creativo—, nadie podrá impedir que el pensamiento analítico proceda a establecer correlaciones de una naturaleza que, a simple vista, resultan cautivadoras. Ahora bien, no ha de dejar de apuntarse al hecho de que a partir del establecimiento de esa correlación entre colonialismo/orientalismo, es justo cuando comienza a abrirse el paisaje de la casuística específica, del paréntesis detallista, de los ejemplos singulares que no encajan con adecuación dentro de la formulación global, que aspira a encerrar el objeto central de su universo reflexivo en la prisión de las generalidades.

Toda la trayectoria de las relaciones internacionales que se desarrollan entre el Congreso de Viena y el final de la primera guerra mundial (un auténtico siglo largo) es, en lo que al Oriente musulmán concierne, la historia de un forcejeo belicoso y diplomático entre varias potencias expansionistas por obtener ventajas comparativas en las posesiones europeas, asiáticas y norteafricanas del imperio turco-otomano. Así ocurrió con las regencias de Argel y Túnez entre 1830-1880; Egipto en 1882; el *Sham* o creciente fértil a partir de la repartición de las provincias árabes gobernadas desde Estambul por el entorno visirial del Sultán y que sería «troceado» en virtud del acuerdo Sykes-Picot de 1916. Todos estos territorios y sus poblaciones sufrieron gradualmente la implantación de la plana mayor colonialista franco-británica e italiana, a partir en este último caso de las veleidades africanistas de la Casa de Saboya en Abisinia y Libia. España en Marruecos

es capítulo aparte que no abordaremos en estas páginas para no contribuir a su engordamiento innecesario.

Cabría hilvanar, por tanto, la relación de sentido que se ha propuesto antes reconociendo que el orientalismo *savant* de la Europa centro-occidental fue, entre 1815-1945, un campo de estudio y un laboratorio de investigación notoriamente pensado y practicado en consonancia con los parámetros triunfalistas que presidieron la mentalidad del hombre occidental durante los dos o tres siglos de su narcisista apogeo histórico; aunque luego, como recordaba Caro Baroja, haya de reconocerse que

«hay una técnica histórica muy apreciada hoy, que es la de resaltar todo aquello que en el desenvolvimiento de los hechos parece racional...» Añadía Caro: *«... mi experiencia me obliga a desconfiar no poco de estas «racionalizaciones»... porque si se quiere narrar sin dejar hueco a pasiones..., a contradicciones internas, a casos fortuitos (la historia real) no resultarán reconocibles...»*²³.

¿Deslegítima, sin embargo, el reconocimiento de cierta concomitancia colonial-romántica todo el proceso progresivo registrado por el orientalismo científico europeo durante su trayectoria institucional? Veamos: la *Royal Asiatic Society* data de 1842; en los años setenta del siglo XIX comienzan a celebrarse los Congresos internacionales de orientalistas; muchas universidades se dotan de centros y departamentos de estudios árabes e islámicos; emergen la turcología, los indoeuropeístas, los estudios indostánicos, los sinólogos y los niponistas, modelo institucional de todo lo cual fue la londinense *School of Oriental and African Studies* (SOAS), a cuya fundación en 1916 siguieron algunos centros orientalistas estadounidenses tan célebres como los de Harvard y Princeton. ¿Devalúa en alguna medida la acusación de «complicidad» colonial hecha al orientalismo, cuando durante el siglo XIX y la primera mitad del XX se iniciaron y culminaron publicaciones periódicas como el *Journal Asiatique* (1834), la *Zeitschrift der Deutschen Morgenländischer Gessellschaft* (1849), los compendios de epigrafía y arqueología musulmana de Max van Berchem y Ernest Herzfeld; o la monumental *Geschichte der Arabischen Literatur* que Brockelman dio a la luz en Leipzig a partir de 1895? ¿Quién puede negar la utilidad de empresas orientalistas como la que emprendieron Goldziher y otros islamólogos e historiadores a principios del siglo XX, plasmándose en *L'Encyclopédie de l'Islam* (1913), a partir precisamente de la tradición orientalista que se había ido aquilatando desde hacía siglos en la ciudad holandesa de Leiden? Y aunque ello sucediera más tardíamente, ¿no contribuyeron con importantes estudios de torno al islam medieval y a la convivencia de tres culturas en España, la historiografía pidaliana y las escuelas de arabistas de Madrid, Barcelona, Zaragoza y Granada, desde las primeras aportaciones de Codera —pasando por las de Julián Ribera, Asín Palacios, García Gómez y, ya más tarde, las de Vernet y Martínez Montávez mismo para la Edad Contemporánea—?²⁴

²³ Prólogo de Julio CARO BAROJA a *España y el norte de África. El Protectorado en Marruecos (1912-56)*/ Víctor MORALES LEZCANO. 2.ª ed., Madrid: UNED, 1986, págs. 17-18.

²⁴ Véase la revisión de LÓPEZ GARCÍA, Bernabé: «Arabismo y orientalismo en España: radiografía y diagnóstico de un gremio escaso y apartadizo», *Awraq. Estudios sobre el mundo árabe e islámico*

No cabe duda alguna de que «oráculos» de la intelectualidad parisiense como Ernest Renan (1823-1892) resulten inadmisibles en muchas de sus disquisiciones a la altura de nuestros días. Su *Système comparé et histoire générale des langues sémitiques*, que data de 1848, así como las divagaciones en torno a la decadencia histórica de la civilización musulmana y al papel *meramente transmisor* de la ciencia y la filosofía grecorromana a la Europa medieval y moderna que Renan atribuyó al orbe árabe-islámico en su época dorada, son propuestas interpretativas que no han resistido el paso del tiempo; el cúmulo de prejuicios árabo-islamófobos, de una parte, e indoeurófilos, de otra, había ido permeando desde hacía siglos el inconsciente colectivo de las naciones cristianas. Renan, desde el «púlpito» del *Collège de France*, cayó en la trampa de sus discursos como venía ocurriéndole —y le ocurriría— a varios oráculos de la Europa triunfalista. Otro tanto puede hacerse si se analiza con lupa la obra de ciertos orientalistas, en ciertos pasajes —menos técnicos y más ensayistas— como ocurre en algunas obras de Gibb, Massignon, Caetani y Gabrielli; en fin, de Jacques Berque y Bernard Lewis²⁵. Pero, y subyace ahí sin cerrarse la cuestión de fondo, ¿no ha habido, no habrá todavía, excesivo espíritu de auto-flagelación y sentido crítico en demasía entre las filas de los púgiles en liza? Queden estas preguntas flotando en la atmósfera de nuestro seminario para ulterior discernimiento en la sala.

Otra cosa es que a partir de 1945 se iniciara la desintegración de los imperios coloniales con todas sus secuelas esperanzadoras. Se trató de un proceso que entre 1947 y 1962 dio al traste con el mensaje subliminal —expreso o subyacente— de bastantes textos del orientalismo romántico europeo, exultante de fascinación ante el *misterioso* Oriente, al tiempo que crítico con un Occidente execrable por su materialismo rampante. Parafraseando a Flaubert, no pocos de los viajeros, *belletristes*, misioneros, y coleccionistas habían exclamado en su momento: «el Oriente soy yo». Esta transferencia ontológica, y no sólo cultural, se vino abajo como saber, durante la segunda mitad del siglo XX.

La revisión necesaria y urgente de un caudal de tópicos y prejuicios secularmente enraizados, inició entonces su andadura, no sólo en la publicística y el ensayo occidentales, sino incluso en los medios intelectuales del mundo árabe-islámico con asiento en Europa (Mohamed Arkun, Anouar Abdel-Malek y A.L. Tibawi), o que permanecieron en sus países de origen, de ámbito musulmán (como es el caso del historiador tunecino Mohamed Talbi, y de los marroquíes Laroui y Jebril)²⁶. Había llegado la hora de la revisión crítica, del desenmascaramiento analítico. Unos pasos más al frente, sin embargo, y el necesario ejercicio catártico entraría por la vía muerta del jaque-mate sistemático.

contemporáneo. Anejo al V. XI (1990), al cuidado de V. MORALES LEZCANO, págs. 35-69. Anterior es el estudio de MANZANARES DE CIRRE, M.: *Arabistas españoles del siglo XX*. Madrid: Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1971.

²⁵ La publicación de la obra de Said en 1978 desencadenó una polémica, con visos de diatriba visceral, en la que intervinieron —entre otros— Bernard Lewis, Rodinson, Francesco Gabrielli, B. S. Turner, del lado occidental; mientras que A. L. Tibawi, Sadik Jalal al-Azm, Mohamed Arkun, lo hicieron desde la óptica de intelectuales de origen árabe, aunque de reconocida independencia intelectual. Véase la antología de MACFIE, A. L.: *Orientalism. A Reader*. Edinburgh University Press, s.a.

²⁶ MACFIE, op. cit., págs. 47-76, 79-114.

Frente a la percepción del Otro (musulmán) por parte del orientalismo europeo que prevaleció durante siglos, los «otros mundos» llevan ya algunos decenios de interlocución y desafío activo con sus correspondientes occidentalistas. Nuestra pregunta crucial de final de recorrido es: ¿tienen estos interlocutores, todos —orientalistas de Occidente, occidentalistas de Oriente— algún ascendiente sobre la opinión pública de sus pueblos a fin de que los dirigentes de ambos hemisferios no continúen arrastrándonos al fondo de un abismo irracional, *si es que poseen ese ascendiente*?²⁷ Si así es, si ese ascendiente intelectual, pero también moral se posee, volvamos al foro como estamos haciendo hoy en Lavapiés y prosigamos esta Jornada hecha de razón, combate y esperanza. *A favor siempre del diálogo de civilizaciones.*

En suma, como es propio e ínsito a la historia, el paso del tiempo se ha ido convirtiendo en un filtro selectivo de máxima exigencia para el orientalismo erudito de ayer y sus acólitos. Ya no figuran en la relación de hoy aquellos orientalistas que estaban, pero no eran; mientras que hoy aparecen relacionados con justicia los que, de verdad, lo siguen siendo. Es ésta, probablemente, una prueba irrefutable de la longevidad con que es galardonado el trabajo hecho con escrúpulo científico y honestidad intelectual. A diferencia, ayer como hoy, del orientalismo que aparece en el mercado con un sello de marca —hoy se habla también de diseño— y que se acomoda al juego geopolítico de la compra-venta, sin apercibirse que de esta manera queda expuesto a que el tiempo —y el efímero ejercicio del valor de cambio— borre su recuerdo en breve tiempo²⁸.

²⁷ Por economía de procedimiento, nos limitamos a dos títulos —entre decenas de ellos— que abordan una cuestión palpitante desde, al menos, 1979: CORM, Georges: *La fractura imaginaria. Las falsas raíces del enfrentamiento entre Oriente y Occidente*. Barcelona: Tusquets, 2002, págs. 163 y ss.; MAA-LOUF, Amin: *Identidades asesinas*. Madrid: Alianza ed., 2004.

²⁸ Que este tipo de orientalismo «analista» viene siendo campo de batalla entre varios estudiosos y desde hace algunos años, es afirmación verificable si se repasan algunos títulos de R. D. Kaplan (1995 y 1996), de Martin Kramer (1996 y 2001), Fawaz A. Georges (1999), William B. Quandt (2001), y Vasilis K. Fouskas (2003). Una puntualización crítica en KHALIDI, Rashid: *Resurrecting Empire. Western Footprints and America's Perilous Path in the Middle East*. Boston: Beacon Press, 2004. Traducción al castellano, *La reafirmación del Imperio: Estados Unidos y la aventura occidental en Oriente Próximo*. Madrid: Libros de la Catarata, 2004.